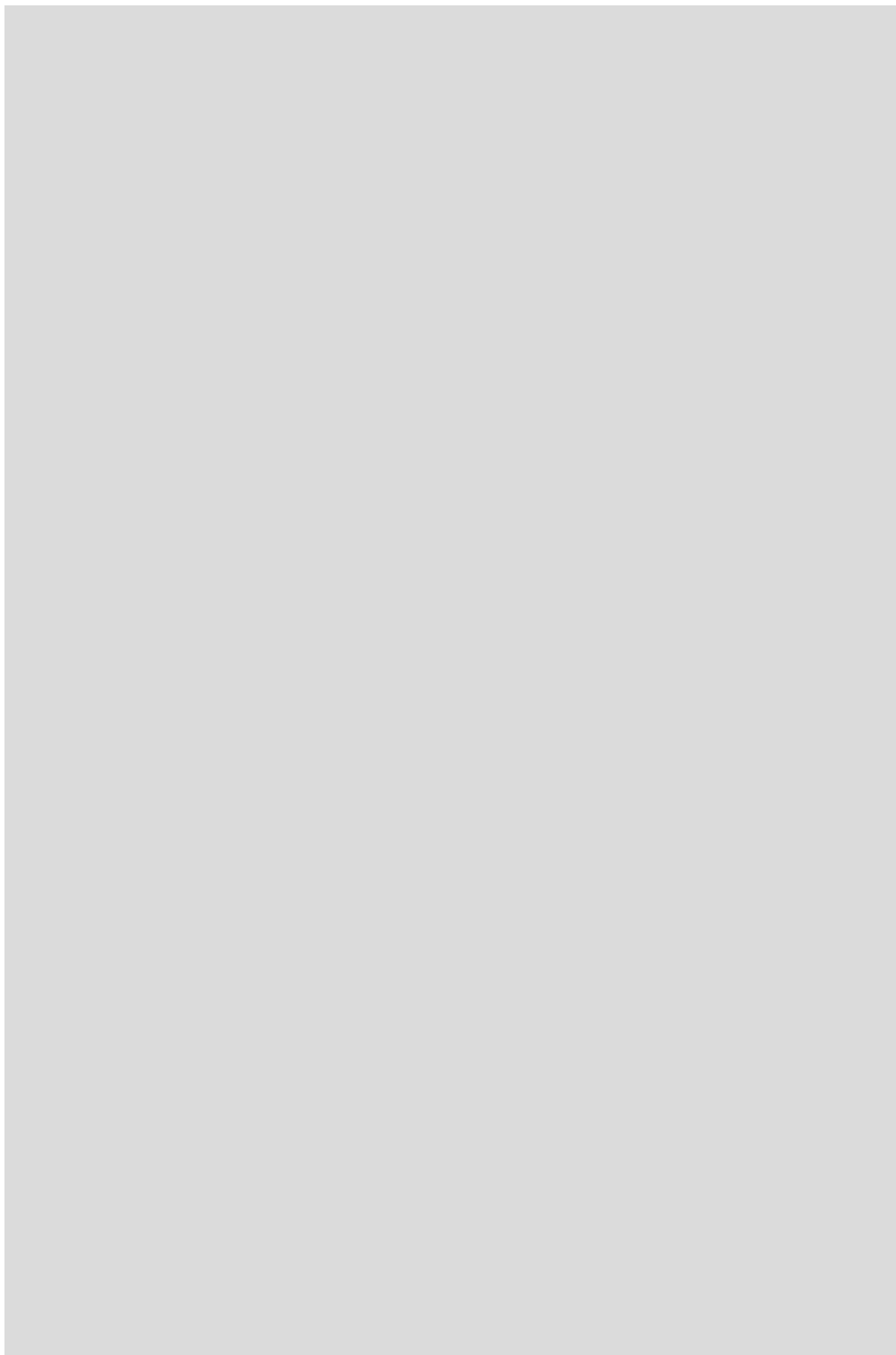


Crónicas de un cuentista. [12-06-16]

Agustín Nicolas Molina



Capítulo 1

Frente a las murallas del castillo, un ejército de monstruos. Marchaban lenta pero inexorablemente. Su capitán era un ser viejo, de piel arrugada y gris, que caminaba con gesto adusto. Cada una de las criaturas que engrosaban las filas de aquel ejército presentaba características diferentes, pero a todos los movía el mismo fin. La masa amorfa que formaban fluía sin cesar, cada miembro lo hacía a su paso, pero tarde o temprano todos penetrarían la muralla del castillo, como antaño lo habían hecho.

En las almenas, cientos de magnificas criaturas se preparaban para resistir el asalto. Aquí y allá todos preparaban sus armas, dispuestos a dejarse la vida en la defensa de su Rey. Estaban al mando del General Mario Ochoa, a quien el rey llamaba papi; y el mundo, loco.

Iba embutido en su pijama negro con estrellas doradas, con unas cómodas y calientes pantuflas protegiéndole los pies y los lentes de descanso sobre la cabeza. Conocía bien al ejército enemigo. Ya los combatido años atrás, y los había vencido. Al menos, eso creía.

Se encontraba en el ala oeste del castillo, rugiendo órdenes a sus personajes. Sentía el apoyo de cada uno, y la devoción para con su rey.

-Dos dedos de elevación –gritó, y los arqueros tensaron sus arcos-, ¡Disparen!

Inmediatamente, docenas de flechas de punta de grafito salieron disparadas, atravesaron el aire y cayeron sobre el ejército enemigo. Unas se clavaron en el cuerpo de algunas de las bestias, mientras que otras sólo lo hicieron en el suelo.

-¡Continúen así!

Corrió en dirección este, sin dejar de dar indicaciones. Con cada andanada de flechas, la marcha enemiga se volvía más y más lenta. Estaba funcionando.

Llegó al centro del muro, justo sobre la puerta de entrada al castillo. En algún momento Rocco, su perro, se había unido a la carrera, dando enérgicos saltos a su alrededor.

-Vamos, vamos, ataquen –pidió a las hadas que revoloteaban en la zona.

De inmediato estas volaron sobre los monstruos, dejando caer sobre ellos un polvo dorado que pronto formó una pantalla. Los estornudos invadieron las filas enemigas. Solo un hada quedó en las almenas, y al ver

los resultados de la maniobra, le guiñó un ojo.

-Bien hecho, camarada. ¡Caballería, ahora! –gritó. La pantalla de polvo impedía a los monstruos ver gran cosa, el ataque los tomaría por sorpresa.

El portón principal, de resistentes crayones, se alzó para dejar paso a una horda de unicornios acorazados. Recorrieron al galope la distancia que los separaba de la gran polvareda dorada y desaparecieron dentro. Los ruidos de la carnicería no se hicieron esperar. Después de un lo que pareció una eternidad, solo la mitad de los valientes corceles regresaron al castillo.

El portón se cerró tras de sí.

-Nada mal –dijo Rocco.

-Nada mal –respondió Mario.

Desde el ala este los magos y hechiceros hacían su parte. Chorros centellantes de luz salían despedidos de sus varitas, pero solo algunos llegaban a destino con suficiente fuerza para trastocar la marcha de aquellos a los que alcanzaban.

Sobre Mario pasaron algunas brujas, montadas en sus escobas. Una de ellas casi tira sus lentes al vacío. Llevaban amarrados tras de sí a unas pequeñas criaturas negras que se removían, tratando de liberarse. Volaron en círculos sobre el ejército enemigo, esquivando los proyectiles rocosos que les lanzaban.

De repente, liberaron a las criaturas, que cayeron en medio de las filas de monstruos. Corretearon frenéticamente entre ellos, pasando entre sus piernas y haciendo cortes en todas las superficies que tocaban con sus garras.

Uno a uno fueron muriendo. Eran pisados y machacados sin piedad. Solo algunos lograron escapar, huyendo en dirección contraria a la batalla. “Los primeros desertores”, pensó Mario. Si su ejército lo abandonaba, el final llegaría antes de lo previsto.

-¿Qué sucede con ellos? –preguntó Rocco. Había notado la huida, y sabía qué significaba.

-No es su lucha, y no quieren perder su vida por una causa que no les corresponde. Temo que el resto piense lo mismo –dijo, y miró a su alrededor. Sonrió-. Aunque lo dudo.

-¿A qué te refieres con que no es su lucha? Estamos aquí, ¿no?

-Nosotros no podemos vencerlos. Es cierto que lo hicimos una vez, pero en ese momento su propósito sí éramos nosotros. Yo, en realidad. Esta vez no vienen por nosotros.

El clamor de la batalla era insoportable. Los gritos en ambos bandos, el sonido de los hechizos, el lamento de los unicornios heridos, los pesados pasos de los monstruos. Todo se tornaba insoportable.

La lucha se extendió durante semanas, meses. Llegó a durar incluso años. Pero en el interior del castillo nada de eso se hacía notar. El rey no tenía conocimiento de la existencia de aquellos monstruos. Mario se alegraba por ello, ese era su más ferviente deseo.

Sabía que algún día eso cambiaría, que llegaría el día en que el rey tendría que combatirlo por sus propios medios. Pero no ahora, no tan joven. Mario conocía de primera mano lo que aquellos seres, para nada endebles, podían hacer.

-¿Y, entonces, por qué peleamos? –Rocco miraba más allá de las filas enemigas.

-¿Tú también? –preguntó. Sonrió cuando Rocco lo miró-. Para darle tiempo.

En esos momentos, las brujas sobrevolaron las filas enemigas. Descendieron gradualmente. Mientras más tiempo permanecían allí, más criaturas se distraían tratando de derribarlas y más atacaban los arqueros.

Algunos de los magos estaban junto a los heridos. Los curaban y vendaban, tratando de salvarlos. Sacrificaron a uno de los unicornios, para no extender su agonía.

-¿Tiempo a qué? De todas formas llegaron, dijiste que no podíamos derrotarlos.

-Sí, y el rey tampoco puede. No ahora. –Sus ojos se humedecieron-. No permitiré que mi hijo caiga en sus manos. Tardaría años en descubrir cómo combatirlos, y muchos más en derrotarlos.

Recordaba vivamente cómo, tras la muerte de madre, el castillo cayó en manos enemigas. Los malos recuerdos tardan siempre en desaparecer. Y aun así, cuando aparecen fugazmente, siguen siendo dolorosos. No dejaría que su hijo pasara por lo mismo.

-Permaneceremos aquí –dijo-. Yo, al menos. No puedo enseñarle al rey cómo combatir, sólo puedo darle tiempo.

-Aquí estaremos, pues –comentó Rocco, después de un breve silencio.